

EL FINANCIERO

Encuestas sobre el Cafta: conocimiento y ética

Nuestro reportaje sobre las encuestas, en esta edición, es un acto de servicio a nuestros lectores con explícitas pretensiones didácticas. Hemos procurado, por ello, armonizar la claridad con la presentación de los elementos básicos en la materia. Nuestro propósito con esta información es orientar y hacer conciencia sobre la importancia de las encuestas como un instrumento de información.

Se trata, en síntesis, de la lectura inteligente y crítica de las encuestas, lo cual supone, de entrada, el conocimiento de algunos conceptos básicos. Nos referimos, particularmente, al diseño y elaboración de la muestra, regida por una selección aleatoria y representativa de los posibles encuestados. Una falla en esta premisa capital invalida la encuesta. La gente debe, asimismo, tener claro un aspecto determinante en este tipo de investigación, causa de toda clase de prejuicios y confusiones: una encuesta no es un pronóstico, sino una fotografía, esto es, una medición en un momento dado y expresión de una tendencia.

El ciudadano debe, asimismo, entender el arsenal verbal de las encuestas a fin de tener una visión integral de ellas: el contenido y formulación del cuestionario, la fecha o dimensión temporal de su realización, el margen de error, la forma de recopilación de los datos y su presentación, lo cual implica también la diferenciación entre indecisos y abstencionistas, con sus probables inclinaciones. La escasa formación u orientación de la gente frente a este bagaje teórico en nuestro medio, aunada a la manipulación política y a la información periodística simplista, en algunos casos, dio lugar, en las elecciones de 1998, del 2002, del 2006, extensible al proceso del actual referendo, a un alto grado de confusión y hasta de calculado descrédito de este valioso instrumento cognitivo.

El ser humano no tiene capacidad de controlar el futuro y menos de anticipar la conducta humana. Toda encuesta se mueve en este dramático desfiladero. Por lo tanto, la ética profesional y política, supuesto el dominio de la materia, representa el factor determinante en la elaboración, presentación y análisis de una encuesta. Desde esta perspectiva, se puede afirmar que en este nivel de investigación nuestro país ha avanzado y que las encuestas profesionales –reiteramos, profesionales– han satisfecho sus principios y valores esenciales. La falla ha estado no en ellas, sino en la precariedad del conocimiento de la gente, en su presentación al público, en la interpretación y en el análisis, estos dos últimos aspectos, contaminados por la manipulación, de parte, principalmente, de quienes no han salido victoriosos.

Esta es una cuestión en extremo grave. Ha rebasado todos los límites, a partir de abril del 2005, cuando, irresponsablemente, se anticipó un fraude

electoral mediático y con él la ilegitimidad del proceso y de los actuales gobernantes. El referendo sobre el Cafta ha sufrido ataques parecidos. Las encuestas han sido, entre otras perversas afirmaciones, el chivo expiatorio. Todo ello, al deformar valores fundamentales, ha afectado la institucionalidad democrática. De aquí la trascendencia de un esfuerzo sostenido de educación popular sobre el contenido y sentido de las encuestas, así como del papel determinante de la ética profesional y política, en la conducta de las empresas encuestadoras, de los medios de comunicación y de los dirigentes políticos en todo proceso electoral.